

Arte y Ciencia



Fuente: imagen generada con ChatGPT.



Mariano Lebrón Saviñón

Destacado médico y escritor dominicano (1922–2014). Se graduó de médico en la Universidad de Santo Domingo en 1946 y realizó su especialidad en pediatría en Buenos Aires, Argentina, en 1949. Ejerció una amplia labor en el sector salud, al dirigir hospitales y desempeñarse en la Secretaría de Estado de Salud Pública. Fue profesor universitario en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), donde recibió el reconocimiento como Profesor Distinguido, así como docente en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y la Universidad APEC (Unapec).

Paralelamente, desarrolló una trayectoria literaria sobresaliente. Fue creador del influyente movimiento Poesía Sorprendida y dirigió durante años la Academia Dominicana de la Lengua. Entre sus obras más relevantes se encuentra *Historia de la Cultura Dominicana*, considerada una de las más ambiciosas en su género.

Recibió importantes reconocimientos, entre ellos la Orden Duarte, Sánchez y Mella, el Premio Nacional de Literatura (1999) y el Premio Vasconcelos (1992). Fue el único dominicano elegido orador del Premio Príncipe de Asturias, por designación directa del entonces príncipe Felipe de Borbón.

Mariano Lebrón Saviñón

RESUMEN

La revista *Investigación y Ciencia* fue la primera que publicó la Universidad APEC, Unapec, con un primer número que circuló en abril de 1986. En sus páginas se recogieron artículos enjundiosos, de la pluma de figuras prominentes del país y del extranjero, como Frank Moya Pons, Bernardo Vega, Michel Baud y Miguel Ceara Hatton, entre otros autores igualmente importantes.

Para la columna “Legado intelectual” de este nuevo número de *Pensamiento*, en esta ocasión traemos el editorial “Arte y Ciencia”, de la autoría de don Mariano Lebrón Saviñón, que se publicó en el último número de *Investigación y Ciencia*, bajo la dirección del propio don Mariano, en calidad de editor.

Palabras claves

Revista *Investigación y Ciencia*, Mariano Lebrón Saviñón, arte, ciencia, escritor.

El Arte no está divorciado de la Ciencia y, por el contrario, aquél es complemento de ésta. Ambos nacieron de un mismo tronco: el terror del hombre, en las brumas del tiempo, cuando estaba avasallado por las fuerzas imponderables del misterio.

La Ciencia nace –o, por mejor decir, hace su aparición en la tierra– de la pugna del hombre por desentrañar el secreto de los dioses. El Arte es la comunión del hombre, dentro de su angustia, cósmica y universal, con la belleza. Pero la belleza, en esencia, no es otra cosa, sino la nostalgia de la presencia de Dios. La Ciencia es la interpretación de los hechos. Los hechos siderales de ayer fueron ciencia para los caldeos; pero dejaron de serlo cuando los griegos creyeron que habían descubierto los secretos dormidos en el fondo del misterio.

He aquí que el hombre ha estremecido –o, ha creído estremecer– el mundo de los astros esquivos, los cuales se extrovierten en secretos y revelaciones inesperados y estremecientes. Y nunca sabremos cuál es el verdadero secreto, la verdad científica final, definitiva, por más que nos afanemos con agonías insólitas.

La ilusión científica –la muerte del sol– viene en la fábula poética de Horacio: era un loco que odiaba con insana pasión al Astro Rey, envidioso de su esplendente fulgor abrasante. Y en una ocasión, cruelmente vengativo, bajo el bochornoso peso del mediodía, lo miró fijamente... fijamente, hasta que los rayos infrarrojos torraron sus retinas y lo anegaron en la oscuridad. Entonces dijo ufanamente triunfal: “¡Al fin te apagué!”.

La Naturaleza y el Arte suelen consonarse: ni Picasso, con la fuerza sugerente de sus creaciones abstractas; ni Braque en la concepción fascinante de su cubismo, han podido reproducir la perfección pictórica –magia de aparente absurdidad cromática– del ala de una mariposa o una brizna de la gleba bajo la lente transformadora del ultramicroscopio. Y cuando Pitágoras quería poner un alto al afanoso trajinar hierático de su Escuela, en Crotona, se sumergía, con rara delectación, en la hontana de los números.

La Ciencia consiste en una doble operación creadora puramente imaginativa: una va afín con lo que el hombre es, y otra lo confronta con lo que el hombre no es: hechos, datos, realidades. Y nos parece, entonces, que estamos hablando del Arte.

Hay un mundo imaginativo: mientras más revolucionario, más aparentemente absurdo es el arte. Y entonces no nos sorprendemos del orbe onírico de Salvador Dalí: teléfonos que se derriten como bombones bajo el sol, ejércitos de hormigas que

laman la sangre del caído cual si fuera un río de miel y estatuas que se contorsionan en mitad del delirio más grotesco de mármoles parleros.

Pues bien: nosotros hemos visto en el ámbito de nuestros sueños, seres etéreos como bloques de hielo sobre nuestra testa. Y esas imágenes son verdaderas en la metafísica del arte; son verdades en el mundo sub real de la conciencia.

¿Y qué decir, si de pronto se inventara un aparato –cosa ágil también– que captara en el seno de las ondas hertzianas la voz de Cristo, de dulcedumbre ancestral, o el grito de Colón tembloroso de dicha y de sorpresa? ¿O llegamos al mundo del nirvana en la ríspida cima del Himalaya, con la admirable fantasía de J. J. Benítez y su Caballo de Troya?

Y mientras muchos se estremecen con los augurios objetables de Nostradamus, nosotros seguiremos navegando en la coherente fantasía que va desde Leonardo da Vinci a Julio Verne. La Ciencia, como el Arte, abre un portalón a lo terrible. Y ya lo dijo Rilke, el poeta de Praga: “Pues lo bello no es más/ que el primer eslabón de lo terrible”.

Y es angustiante, y es doloroso y es experiencia sempiternamente frustrante este deambular por los cármes esfumados de los sueños. Porque apunta la conseja: “Soñar no cuesta nada”. Y sí cuesta. Cuesta dormir liberando los fantasmas informes de la subconciencia, cuesta, la forja inquietante de los ensueños y traerlos al ámbito de nuestra vida, y cuesta, también, el no siempre feliz regreso a la vigilia. Y cuando evocamos lo soñado, desde el fondo estremecido de la conciencia, nos damos cuenta, con Calderón, de que nuestra propia vida es un sueño que conduce al infinito abisal del que nada se sabe.

Y, sin embargo, cuando, pensando como Ilin, nos concebimos con la estatura de un gigante poderoso que horada montañas, hace caminos en el mar y hasta destruye, con insensato orgullo, su propio mundo, reparamos en que no somos nada ante el inconmensurable esplendor de la divinidad. Sabemos que venimos de esa pequeñez de pequeñeces que es el huevo, y que luego crecemos y creamos las potencias inconcebibles de ese

inmenso iceberg que es nuestro cerebro, pero no hemos podido llegar con nuestra pobre ciencia, a la verdadera esencia del elán, es decir, el impulso por el cual vivimos, pensamos y amamos. Es cuando caben, entonces, estas palabras de Leonardo, uno de los hombres que en esta tierra más cerca estuvo de los jardines del cielo: “¡Oh, Dios! Tú nos lo has dado al precio de un esfuerzo”.

La Ciencia no es siempre reserva de verdades inmutables: a cada instante nos desengaña y nos niega lo que vino a nosotros como invariable información. Muchas veces nos descamina; lo que es la realidad –o nuestro atisbo de realidad– nos miente. Porque hoy sabemos que no es verdad el impecable azul del cielo; que no lo es el horizonte que nos limita o la ilusión que nos sorprende desde el espeso malezal, o el espejismo del desierto. Pero este pensamiento que ahora forjo no importa con cuales materiales oníricos, en mi mente y mi corazón, son, no hay que dudarlo, verdades absolutas aquí en mi pensamiento o aquí en mi corazón.

El hombre, en lo más oscuro de su vida troglodita, tuvo la propensión milagrosa de llenar de murales su caverna, hace poco menos de veinte mil años. ¿Por qué el hombre pintó la caverna? ¿Qué sorprendente misterio lo llevó a crear el primer arte de la humanidad? ¿Súbito despertar de apetencias artísticas o las marejadas de su propio terror? ¿Grito del alma o temblor aterrante del espíritu? El hombre vivía rodeado de peligros y confiaba en el milagro. El mismo animal que podía desgarrarlo y devorarlo, a la manera de un dios protervo y terrible, le aportaba sus carnes para saciar el hambre y la piel, para abrigarlo. También poblaba la soledad de su mundo y daba vida y movimiento al desolado escenario de su drama. La Tierra, diosa de la fertilidad y cuna de la vida, se lo daba todo; y la caverna, además de hogar efímero, pasó a ser templo para el ritual y santuario para sus empeñosos anhelos tutelares...

Pensaba el hombre, desolado en su mundo, que la magia de la fertilidad –la cual se hacía presente en las culturas arcaicas y aún en las clásicas–

era la que permitía la multiplicación de los rebaños, y de ellos dependía la vida del hombre. La caza le era precisa gracias a la magia de la muerte que aguzaba la puntería y guiaba el dardo. El hombre vivía en un mundo mágico: la magia que apaciguaba el espíritu de los animales muertos, la magia de la seguridad, del fuego que calienta, del agua que refresca y que sacia la sed. Evocar esa magia no era cosa fácil: se hacía sin plegarias, sin oblacones, sin quejumbre hierática.

Pero, por medio del arte era posible retrotraer esas fuerzas mágicas. Y esto nos explica el papel preponderante que debió representar el artista –hechicero científico– en la prehistoria. El arte lo llevó a una evolución constante hacia la perfección. Cuando en medio de ese casi caos que era la naturaleza –estremecida por maldiciones telúricas y cósmicas– el hombre, paralizado de angustias, abrió su alma al interrogante de los arcanos y se hundió con insólitas avideces de verdades en el mundo del por qué, nació la filosofía (¿por qué canto? ¿por qué lloro? ¿por qué se incendia el bosque? ¿por qué me aniquila el tótem cavernario?). Esto fue filosofía religiosa y fue ciencia. Evocó sus dioses arcanos (espíritus y demonios) con canciones y con danzas. Esto es arte.

Así ocurrió la transición, en el misterio luminoso de los valles, de lo cerril a las culturas arcaicas: los espíritus se jerarquizaron como dioses (Osiris Marduck); la caverna se convirtió en monumental templo de piedra. Y el hechicero en sacerdote y mago. El mismo sacerdote –rey, Akenatón, que en el antiguo Egipto tuvo la insólita osadía histórica de adorar a un solo dios, y curaba enfermos con la magia taumaturga–, escribió los magníficos himnos al Sol. Los mismos magos sumerios que buscaban en el cielo el astro de su destino, descubrieron constelaciones y predijeron eclipses. Ambas culturas serán herencias egregias que Grecia usufructuará en la creación ideal de su humanismo. Y así, más tarde, en la Arabia de la Edad Media, los alquimistas crearon la química y lucubrando con los hados, nos donaron los signos de los números.

Las universidades de los siglos XVI, XVII y XVIII son fábricas de humanistas. Pero no se acepta el humanismo sin la exploración de los conocimientos científicos. Los ecos de estas ambiciones florecían en los centros de enseñanza europeos y habían estado presentes en las universidades orientales (China, la India), y también llegan a América.

Para estudiar medicina en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, la primera de América, fundada en la ciudad de Santo Domingo, el 28 de octubre de 1538, era obligado todavía en el siglo XVII, ser bachiller en Artes y haber calado en las obras de Aristóteles, Galeno, Avizena (sic) y Razés. De ahí que sus egresados –dígalos si no Cristóbal de Llerena– hablaran latín, se desempeñaran en las letras y hasta se aventuraran a escribir poemas en la lengua del Lacio.

La Ciencia no marcha separada de la vida. El hombre, y sobre todo el médico que trajina con el dolor y lucha con la muerte, tiene naturalmente su alma abierta a la belleza. Axel Munthe, el médico sueco de *El libro de Saint Michael* dice:

Un hombre puede soportar una porción de cosas mientras se soporta a sí mismo. Puede vivir sin esperanzas, sin amigos, sin libros, hasta sin músicas, con tal de que sea capaz de escuchar sus propios pensamientos, el canto de los pájaros delante de su ventana y las voces del mar en la lejanía...

Los hombres y mujeres que conforman el conglomerado docente de la Universidad APEC (Unapec), como los humanistas del “cincuenta” aspiran a la dignidad, a la medida, a la discriminación y el rigor. Nuestra revista, *Investigación y Ciencia*, recoge ese sentimiento y lo vuelca en sus páginas a favor del humanismo, que es su norma como una rectora más en la jerarquización de este mundo perturbado en que vivimos.